

1

CE

384/10

Camp Roman

R.

TERCER VOLUMEN DE OBRAS COMPLETAS

LA COPA DEL REY DE THULE

LA MUSA ENFERMA

(1898-1900)

OBRAS COMPLETAS
DE
FRANCISCO VILLAESPESA

- I.—INTIMIDADES.—FLORES DE ALMENDRO.
II.—LUCHAS.—CONFIDENCIAS.
III.—LA COPA DEL REY DE THULE.—LA MUSA ENFERMA.
IV.—EL ALTO DE LOS BOHEMIOS.—RAPSO DIAS.
V.—LAS HORAS QUE PASAN.—VELADAS DE AMOR.
VI.—LAS CANCIONES DEL CAMINO.—GUARNALDA DE
ROSAS.

R 41.214

OBRAS COMPLETAS

VOLUMEN I



FRANCISCO VILLAESPESA

LA COPA DEL REY
DE THULE.
LA MUSA ENFERMA

(1898-1900)

PRÓLOGO DE JUAN R. JIMÉNEZ



MADRID
1916

ES PROPIEDAD

IMPRESA DE M. GARCÍA Y G. SÁEZ
MESÓN DE PAÑOS, NÚMERO 8, BAJE

PROLOGO

Al fin, un alma de oro lanzó el grito vibrante, el grito nuevo... La pobre Musa erudita de los buenos clásicos, está de luto, aun cuando quiera ocultar su vencimiento tras la indiferente sonrisa de sus labios marchitos...

Es ley eterna de la evolución: «O rinnovarsi ó morire»; huelga por lo sabido, tratar de esto... Todo, en la Naturaleza, nos habla de la progresión evolutiva; muere un sér para que nazca otro; después, éste sucumbe á su vez al crear una nueva vida, y así hasta lo infinito. El tiempo, norma de todo, es así mismo la norma de esta evolución universal, y los días nuevos se consumen alumbrando las cenizas de los días que murieron... Digna de veneración y de respeto y de amor es la obra de los siglos vencidos,

como reflejo espiritual del espírita que los animó; pero fuera ridículo seguir siempre labrando toscas esculturas primitivas y adorando viejos ídolos... Mueren los días, mueren los años, mueren los siglos, y todo va muriendo, hasta llegar á la vida ó la muerte eternas... ¿A qué, pues, ese empeño en querer salvar al Arte de la ley de evolución? ¿A qué hacer en nuestro siglo la vida artística de los siglos muertos? Es bárbaro el empeño de avivar cenizas, teniendo cada vez más y mejores tueros para el hogar, para el fuego sacro... De igual modo que se traslucen y se purifican las vidas enfermas con el cruzamiento de sangres nuevas, rojas y sanas, las almas se purifican y se refinan con el cruce de los tiempos... Cada día es el árbol que nos da una flor, y cada flor, es luz que nos da un aroma brillante... El alma de cada día es un beso para nuestras almas... Debemos embriagarnos con el aroma y el beso de las flores de los días, rosas doradas del jardín de los siglos...

En todos los países donde el rey Progreso es rey, venía operándose una evolución en el campo

de la literatura. Sólo las letras españolas continuaban su rutinaria marcha, cual una vieja caravana caminando con tardo paso por un desierto estéril, monótono... El alma artística seguía en España, extática ante el brillo de algunos soles convencionales, que eran los emperadores eternos, imperecederos, insustituibles... Cervantes continuaba aún escribiendo su Quijote... y el bueno de D. Alonso estaba ya muy viejo, muy achacoso, muy vencido... A nuestra Patria — que pasará á los siglos como el símbolo de la tristeza — no le llegaba nunca su Hora Rosa; todos dormían sobre el laurel de los genios muertos... En cambio, allá, tras de los mares, nuestros hermanos de América aprestábanse á la liza con armaduras nuevas, lanzas nacientes y empuje juvenil. Un admirable genio, Gutiérrez Nájera, fué el apóstol que predijo la aparición de la Fuerza; tras él llegaron los poetas; Rubén Darío cantó en Azul su triunfo al compás del ritmo de una frase nueva, frase de diamante... Y aquí una palma al glorioso nicaraguense, al príncipe del modernismo; una palma fresca y un

aplausos sonoros, vibrando al son del ensueño de la Sonatina, del clamor de la Marcha Triunfal, del laurel de la Marcha Triunfal.

... Los áureos sonidos
anuncian el advenimiento
triunfal de la Gloria;
dejando el picacho que guarda sus nidos,
tendiendo sus alas enormes al viento,
los cóndores llegan. Llegó la Victoria!

Leopoldo Lugones, surgió después, y clavó su bandera con «Las Montañas del Oro»; Leopoldo Díaz, Ricardo Jaimes Freire, Guillermo Valencia, José Juan Tablada, Amado Nervo... No podría pasar adelante sin derramar una lágrima y una flor en la tumba del trágico Silva, el pálido poeta del «Nocturno»...

Y hoy cantan su Victoria nuestros hermanos... Por acá los clásicos, ¡los eternos clásicos!, siguen fabricando versos con la masa de su impotencia. ¡Pobres vencidos!

¡Salud al nuevo poeta! Laureles para la frente soñadora del cantor de la pena sangrienta y enlutada; del artista de lo negro y de lo rojo...

Abramos su libro...

La imaginación evoca, desde el primer momento, un canto lejano, arrebatado, ardiente... Es que resuena el ritmo de Luchas... La voz del hijo recuerda una cadencia de la voz de la madre...

«Luchas» era un cáliz donde el poeta escanció las lágrimas de sus ojos y la sangre de sus venas... «La copa del Rey de Thule», diríase otro cáliz de sangre y lágrimas... El poeta no ha variado; es siempre el mismo; siempre igual el espíritu de su poesía... «El Camino» y «Pasionaria» de «Luchas», podrían barajarse con los «Crepúsculos de Sangre» y los «Murciélagos» de «La Copa»; y las «Parábolas» y «Neurótica» de este último libro, rimarían prodigiosamente con las poesías de aquel. El poeta, repito, es el mismo; el perfume doloroso es fiel á la rosa de su alma... Sólo ha mudado el bloque al esculpir su inspiración; su antiguo bloque era de plata y de rubíes; el bloque es hoy de oro y brillantes; antes, el poeta era sólo artista; hoy es artista y orfebre refinado! Ved sus versos:

Cual Sol en los cielos entreabre el Delirio
su enorme pupila torva y sanguinaria,
y en la roja tarde, vaga solitaria,
el alma marchita de cárdeno lirio.

Lenta nube vierte sangre de martirio,
el ciprés eleva su negra plegaria,
y enciende en el cáliz de la pasionaria,
lívida luciérnaga, fantástico cirio.

Sollozan los vientos. En lago de llanto
los cisnes heridos apagan su canto.
Sobre las palomas vuelan los neblíes;

y entre las adelfas, alza lentamente
su verde cabeza, la Eterna Serpiente
de escamas de oro y ojos de rubíes.

... Flotando en la sangre de los dolorosos crepúsculos y en la violeta de las tardes de vaguedad y tristeza infinitas, hay un eterno beso negro que acaricia las frentes soñadoras, coronadas de espinas. Símbolo del dolor nostálgico... Admirable cuadro aquel que representara este dolor: una sien dolorida atravesada por la espina del recuerdo blanco, de la rosa alegría, entre un nimbo negro de desventura...

Este amargor y esta sangre son un perfume... El libro exhala efluvios de pesar como si fuera una rosa roja; y las hojas de esta rosa son también de perfume. Poesía suprema... Lejos del poeta el barro... Alguien dijo que la obra del poeta es toda suya; que la forma, la substancia ó materia de la poesía es también pensamiento, y pensamiento del artista. Y la forma, si es hermana de la idea, ha de ser algo así como la idea misma, intangible, vaga, ha de ser sueño y aroma... Sobre la página tersa, debe brillar el verso, no como masa pesada de oro, sino como oro etéreo... El verso debe labrarse para su eterna duración, mas no en masa, sino en esencia... Así lo ha entendido también nuestro poeta, y su libro tendrá, con la vaguedad del sueño, la eternidad de los días...

Sobre el hermoso libro de Villaespesa, caerá una lluvia de insultos; la envidia hará de las suyas; los buenos clásicos lanzarán un anatema sobre el poeta, y á continuación de su nombre escribirán una lista interminable de adjetivos; lo llamarán decadente, lo llamarán simbolista...

Y á propósito del simbolismo: han dado ahora los padres de la literatura — los señores que hacen aún la vida literaria de los siglos XVI y XVII — el aplicar como denigrante el epíteto simbolista. No puedo comprenderlos; simbolistas fueron los más inmortales poetas. Heine, el genio más cosmopolita de todos, fué simbolista, y, sin embargo, su poesía egregia vivirá eternamente, será la poesía de todos los tiempos y de todos los países. Nuestro San Juan de la Cruz, de cuya prosa ha dicho Menéndez Pelayo que «no es de este mundo», fué también eminentemente simbolista, y pocas inspiraciones resistirán una lectura después de las inspiraciones sublimemente hermosas del gran cantor místico... Y bien, ¿no son inmortales Heine y San Juan de la Cruz?...

La crítica rutinaria penetrará en el libro, á caza de imperfecciones que ridiculizar... Es imbécil la crítica especulativa que entra en un libro en busca de una frase ó una palabra impropias, y más imbécil aún, negar á un poeta — como lo hace Valbuena — porque éste se equi-

voque en la aplicación de un adjetivo... Desgraciadamente, la obra del poeta no se juzga en el estado de exaltación en que él la escribió, sino con un análisis frío, perfectamente cerebral; ésta será siempre la mayor adversidad del soñador. Ciertamente es que no se ha de exigir al que lee, toda la fiebre del que crea; pues á más de que no son uno todos los caracteres, aun á aquellos que fuesen análogos no podrá pedirse el arrebatado en un momento determinado. Pero, ya que esto es imposible, bien pudiera el crítico elevarse á juzgar la obra desde un punto universal, contemplándola en el terreno que le corresponda y no en el suyo siempre... Habría que compenetrarse con el poeta en una fusión de almas. Sólo así resbalaría ante los ojos la inspiración tallada, cual un cuerpo vago, pero completo, como una obra entera. De otro modo, se destroza la obra y se hace más bien crítica formal que absoluta.

En vez de analizar químicamente un libro, debe estudiarse con amplitud un espíritu, y este estudio debe ser un paseo al través de un alma artística; de no ser así, se irían acumulando da-

tos y más datos, se irían haciendo una especie de notas bibliográficas y poéticas, y nunca se llegaría á epilogar un carácter.

Para mí, todas las frases y todas las palabras del libro de Villaespesa son perfectamente apropiadas; todas dan una sensación, y yo quiero antes sensaciones que formas gramaticales, aun cuando para producir una sensación haya que metaforizar ó simbolizar ideas de la manera más atrevida.

Valera dijo que no estaba conforme con la frase del emperador Hugo: «L'art c'est l'asur», y que la creía enfática y vacía; yo, en cambio, la creo suprema, la considero síntesis completa de todo arte. Entiendo que así mismo pensarán los que sientan el verdadero ideal artístico y no los ideales relativos... De todos modos, los que no piensen de este modo y vayan al libro de Villaespesa en busca de defectos y no de bellezas y sensaciones, serán arrollados por el torrente de poesía que encierra «La copa del Rey de Thule», y si son sinceros, saludarán en su autor á un gran poeta.

Quisiera daros á probar varios sorbos de «La copa»; pero tendría que verterla toda para quedar tranquilo y satisfecho.. Sólo os diré que Villaespesa es el primer poeta de nuestra juventud, y que «La copa del Rey de Thule» es su obra...

JUAN R. JIMÉNEZ.

LA COPA DEL REY DE THULE

(1898-1900)

«O RINNOVARSI O MORIRE»

GABRIEL D'ANNUNZIO

OFRENDA

Si penas y dudas olvidar ansías,
su clásica copa te ofrece el poeta.
En marfil y oro la esculpió un atleta...
Fué cáliz de besos en noche de orgías.

Hoy es santuario de las Musas mías:
de Chipre, bacante lasciva y discreta;
del Champaña, el oro de la vida inquieta,
y el Jerez, la rosa de mis alegrías!

La copa te brinda divinos amores.
En ella la virgen deshoja las flores
del Epitalamio, y escancia la estrella

el vino celeste de pálidas Thules...
¡Alma soñadora, embriágate en ella
de rojos delirios y ensueños azules!

LOS CREPUSCULOS DE SANGRE

Á JUAN R. JIMÉNEZ

En los labios la sonrisa dolorosa de los mártires,
á las luces moribundas y sangrientas
de la tarde que se apaga;
él, mirándose en los ojos de la virgen soñadora,
y ella, oculta en negros tules, ojerosa, triste y pálida,
por la senda más florida
del jardín de la Esperanza,
bajo un palio de rosales, de jazmines,
de laureles y de adelfas,
el Poeta
y su musa favorita, la que tiene la tristeza
de la luna en la mirada,

li videces sepulcrales en las húmedas mejillas
y jirones de tinieblas en la oscura

cabellera destrenzada,

silenciosos atraviesan,

con los labios sonrientes y las manos enlazadas!...

A su paso, como besos lujuriosos
de unos labios de escarlata,
triumfalmente se entreabren los claveles,
y sus rojos dientes muestran, sonriendo,
como lúbricas bacantes, las granadas.

La pureza de sus senos les ofrecen los jazmines,
y se agitan rumorosos, entonando himnos de gloria,
los laureles que despiden resplandores de esmeralda.

Así cantan los claveles:

«El sol vierte en nuestras venas

los ardores tropicales de su sangre epitalámica.

Florece en los labios que se funden en un beso
y en el rostro de la virgen que se entrega enamorada!

Somos himnos luminosos y triunfales

en las rojas epopeyas;

regia púrpura en los mantos fastuosos del monarca;
tibia lluvia de rubíes que enrojece

las guirnaldas de la novia;

llanto rojo sobre el oro señorial de las tiaras,
y en el fondo de los lagos, pabellones de corales,
donde duermen las princesas y las reinas encantadas!
Reflejamos en la sangre de los vinos

— de los vinos que enloquecen —,

el incendio lujurioso que devora nuestras almas,
y en los rizos destrenzados de la lúbrica bacante,
agoniza lentamente, como lívido crepúsculo,

el fulgor de nuestras llamas!

¡Ven, poeta,

y corona con nosotros los cabellos

ondulantes de tu amada!... —>

Y el Poeta

y su musa favorita, atraviesan el sendero, sin pararse,
con los labios sonrientes y las manos enlazadas.

Así cantan los jazmines:

«Somos risas hechas flores en los labios del Ensueño.
Nuestra cuna fué la nieve que corona las montañas.
Nuestros besos son los rayos temblorosos de la Luna,
y morimos en la sombra de las noches enlutadas.

Florece en el velo vaporoso de las vírgenes;
á los cisnes les prestamos su blancura inmaculada,
á los reyes el armiño de las túnicas triunfales,
y á Pierrot las cadavéricas palideces de su máscara!

Somos niveas mariposas que entre flores aletean;
en los cielos azulados pasajeras nubes blancas;
hostia mística en los cálices

que en el templo se consumen;
apagados resplandores en el mármol de la estatua,

y en los días luctuosos del Invierno taciturno,
blancos copos de la nieve que descende
silenciosa y solitaria!

Nos abrimos, al incendio de unos labios febricantes,
en los senos palpitantes y desnudos
de la joven desposada,
y á la virgen que agoniza de ternuras y de olvidos
le servimos de mortaja!...

¡Ven, poeta,
y corona con nosotros los cabellos
ondulantes de tu amada!... —>

Y el Poeta
y su musa favorita, atraviesan el sendero, sin pararse,
con los labios sonrientes y las manos enlazadas.

Así cantan los laureles:
«Nos alzamos en las cumbres,
donde anida el Sol y el águila,

y palpitan las estrellas fulgurantes de la Gloria...

En las rojas epopeyas somos palmas

que arcos tejen, cuando alegres,

entre vítores y aplausos,

relinchando los corceles, y desnudas las espadas,

los guerreros victoriosos

en tropel cantando vuelven de los campos de batalla.

Alentamos en el Circo la agonía de los mártires

devorados por las fieras. Coronamos las estatuas

vencedoras del Olvido,

y en la frente de los nobles paladines

florece como triunfo de inmortales esmeraldas!

Son eternos nuestros éxtasis gloriosos...

El mar besa con sus olas rumorosas nuestras plantas,

y los rudos huracanes,

que deshojan las florestas, acarician

con sus dedos temblorosos

nuestra verde cabellera destrenzada!

Ven, poeta,
y eterniza con un ramo de laureles
la hermosura pasajera de tu amada...»

Y el Poeta
y su musa favorita, atraviesan el sendero, sin pararse,
con los labios sonrientes y las manos enlazadas...

Así cantan las adelfas:

«Nuestras flores son sangrientas
como carnes desgarradas
á mordiscos lujuriosos.

Floreecemos con la fiebre...

Entonamos en el hacha

reluciente del verdugo la epopeya de la sangre...

Somos copas de diabólicos ensueños, cinceladas
en el cráneo de las brujas, donde vierten su ponzoña
las serpientes del Delirio...

las serpientes que enrojecen nuestras almas...

Alumbramos los oscuros calabozos,
donde ruge la Locura,
y las celdas solitarias
donde en místicos espasmos, las histéricas novicias,
de lujuria se embriagan
con la sangre de los Cristos...

Ven, poeta,
y corona con nosotros la cabeza soñadora de tu amada...»
Y el Poeta
y su musa favorita, se pararon un instante...

En la negra cabellera de la virgen, triste y pálida,
florecieron las adelfas...

.....

El jardín de la Esperanza
alumbraron los relámpagos de locuras y de fiebres...

.....

Los claveles, los jazmines, los laureles,
las adelfas, se agitaron;
y sus hojas, arrastradas
por la brisa gemebunda de la tarde que moría,
se perdieron para siempre por las sendas solitarias,
lentamente, lentamente, como frágiles visiones
de un ensueño misterioso que se esfuma en la distancia...

.....
En un lánguido martirio de oro y púrpura
el crepúsculo moría... Suspiraban
temblorosas las adelfas...

Y al empuje de los vientos, las simbólicas granadas,
como lágrimas de sangre, sobre el suelo gris y húmedo
sus rubíes desgranaban...

MEDIOEVAL

Á ÁNGEL GUERRA

Bajo dosel de púrpura, que el sol poniente besa,
con sus dedos de nieve, la pálida princesa

el azahar de una margarita deshoja,
y tras los almos cisnes de sus sueños, arroja

— halcón con garras vírgenes—su enfermera Fantasia
que se pierde en las brumas de la Melancolía.

Es bella y dolorosa. Parece la Quimera
de amor que un pincel místico trazó en la vidriera

de la claustral ojiva. En la cándida aurora
de sus ojos un ángel nostalgias de Azul llora.

En sus albas mejillas hay sangrientos martirios
de rosas. Palidecen en su mano los lirios...

Bajo el trono se enroscan bufones y lebreles.
En la liza piafan los fogosos corceles

que impacientes escarban con sus cascos la arena...
La trompeta de oro del Heraldo resuena...

Alzadas las viseras, desnudos los aceros,
invaden el palenque los bravos caballeros

que á enamorar vinieron de lejanos países
á la blanca princesa gemela de los lises...

Entre jóvenes pajes, que le sirven de corte,
llega Lohengrin, el rubio caballero del Norte.

FLORES DE ENSUEÑO

Á MANUEL DÍAZ RODRÍGUEZ

Con las manos cruzadas sobre el pecho,
entre nubes de encaje mal velado,
por el tibio alabastro de los hombros
los flotantes cabellos destrenzados,
pálida como mística azucena
que se marchita en el jardín del claustro,
la virgen duerme. Oculto entre la púrpura
del rico lecho de marfil y sándalo,
el Argel del Pudor vela su sueño,
con el índice puesto sobre el labio.

Ensueño azul: El Hada de la Dicha
desciende de los cielos en su carro
— un gigantesco cáliz de magnolia
por dos gallardos cinifes tirado —
y la conduce á los floridos bosques
del misterioso reino del Encanto.

Allí florecen lirios, que son rostros
de rubios serafines; en sus lagos,
eternamente azules, bogan cisnes
de nieve y de ilusión; rima sus cantos
el ruiseñor en la frondosa orilla;
los cien ojos floridos de su manto
abre el pavo real con regia pompa;
y en medio del jardín alza un palacio
sus altos muros de marfil y oro,
por dragones de fuego custodiados,
donde las magas del amor preparan
sus venenosos filtros encantados,

y las princesas de los viejos cuentos
mueven la rueca, su cariño hilando.

Ensueño rojo: En el jardín de Marta,
á la luz moribunda del Ocaso,
contempla los fulgores que despiden
las ricas joyas del collar de Fausto.

Y siente que sus párpados se cierran
y los besos florecen en sus labios...

Y ve cómo entreabre su corola
á las bruscas caricias de un abrazo
— hostia sagrada en el altar de Venus —
un misterioso lirio ensangrentado...

Con las manos cruzadas sobre el pecho,
entre nubes de encaje mal velado,

por el tibio alabastro de los hombros
los flotantes cabellos destrenzados,
pálida, como mística azucena
que se marchita en el jardín del claustro,

dormida está. De pie, en la cabecera
del rico lecho de marfil y sándalo,
descorriendo el purpúreo cortinaje,
Satanás ríe, y á sus pies postrado
el Angel del Pudor, suspira y llora
con la cabeza oculta entre las manos.

EPITALAMIO

Á LUIS BERISO

A las luces espectrales de las pálidas auroras,
recitando misteriosas letanías,
por el bosque van pasando las simbólicas Teorías
de las Horas.

Enlazadas de las manos cruzan lentas
cual fantasmas sepulcrales que caminan al osario.

Gime el viento entre los pliegues
de sus túnicas sangrientas.
Lanza el buho en los cipreses su responso funerario,

Doblan roncadas las campanas en su cárcel de granito,
y á sus ecos moribundos que se apagan en la bruma,
la cadena de fantasmas en el gris de lo infinito,
en las tenues palideces de las nébulas se esfuma.

Sólo queda bajo el palio de un naranjo florecido,
una virgen que piadosa,
con las manos enlazadas, mira al Cielo.

Con jazmines y con nieve, los Ensueños han tejido
la blancura deslumbrante de su túnica y su velo.

De sus lánguidas pupilas la purpúrea luz evoca
el incendio del crepúsculo que ensangrienta los rosales,
y la sangre que enrojece los claveles de su boca
canta el triunfo de las rosas en los tálamos nupciales.

Al mirarme solo y triste, con la cruz de mis dolores
en la cumbre del olvido,
la Hora Blanca se aproxima...



LA COPA DEL REY DE THULE

Me sostiene entre sus brazos, y á mi oído
canta el dulce Epitalamio de sus líricos amores.

En mis brazos de su carne siento el peso...
Nuestros cuerpos funde el lazo
de un abrazo...
Nuestras almas liga un beso...

Fué un instante. Nuevamente
se acercaron las simbólicas Teorías,
y á su hermana fugitiva
silenciosas arrastraron en su rápida cadena,
y bebiendo, con mis lágrimas, la amargura de mi pena,
ví los pliegues de su túnica
esfumarse entre las sombras de confusas lejanías!

PAISAJE DE SOMBRA

Á PEDRO GONZÁLEZ BLANCO

Las sombras invaden las verdes glorietas.
Se van esfumando las sendas floridas...
¡Es la hora santa en que los poetas
van á cortar rosas á sus prometidas!...

El bosque atraviesan senderos de brumas.
En las balaustradas de mármol, triunfales,
abren su abanico de flores y plumas
y anuncian la noche los pavos reales!

La luna de plata nieva lentamente
sus últimos rayos, y oculta entre flores,
con voz de suspiros comenta la fuente
las viejas leyendas de viejos amores.

En el verde estanque de lotos bordado
se refleja el cielo; las ondas suspiran;
enarcan los cisnes su cuello nevado,
y augures murciélagos fatídicos giran.

Del noble palacio las altas ventanas
encendidas brillan entre la espesura,
como titilantes estrellas lejanas
que arden en el fondo de la noche oscura!...

La hora se aproxima... ¡Párate, viajero!
¿No ves una sombra que entre la enramada,
negra y misteriosa, sigue tu sendero,
siempre pensativa y siempre callada?...

Se agranda en el bosque; se encoge medrosa;
bórrase en los árboles del parque vecino,
pero surge luego, lenta y temblorosa,
y siempre á tu lado prosigue el camino!

En la niebla esfuma su contorno vago...
Contigo se para, contigo suspira,
y cuando diriges tus ojos al lago,
también en el fondo del lago se mira!...

Huye entre los árboles, veloz y encorvada.
La brisa parece su voz que te nombra...
Si á la Luna cortas flores á tu amada,
también corta flores de sombra, la Sombra!

Penetra en la calma del parque dormido
entre laberintos de negros rosales,
y al sentir su aroma, con un alarido
saludan su paso los pavos reales!

Las sombras invaden las verdes glorietas.

Se van esfumando las sendas floridas...

¡Es la hora santa en que los poetas
van á cortar rosas á sus prometidas!

LOS MURCIELAGOS

Á PEDRO CÉSAR DOMINICI

De la tarde que moría
á los cárdenos reflejos,
lentamente caminabas, deshojando margaritas,
por la senda que perfuman los floridos limoneros...

¿No te acuerdas?... De repente, temblorosa,
abrazándote á mi cuello,
— ¡Mira, mira — murmuraste,
en el nudo de mi brazos de terror desfalleciendo, —
¡cómo en torno de las flores
giran locos los murciélagos!...

.....
Y en las sombras que avanzaban, las luciérnagas,
como cirios sepulcrales se encendieron...

Y doblaron lentamente las campanas
con el fúnebre gemido de tu acento...

Y en el negro catafalco te ví inmóvil,
coronada de azahares,
con las manos amarillas enlazadas sobre el pecho...

Y trazando en torno tuyo
la fatiga tenebrosa de su vuelo,
con el frío mortuorio de sus alas membranosas
te rozaban los murciélagos...

Los murciélagos son sabios. En los viejos pergaminos
que en las celdas del convento
impasibles contemplaron el martirio de los monjes;
en las ruinas donde tejen su tristeza
las esclavas del misterio;
en los altos torreones donde el mago se embriaga
con el místico perfume de las flores de los cielos;

en los antros donde impera la sonrisa de la esfinge,
de la vida los ocultos jeroglíficos leyeron...

.....

Son poetas.

A las arpas olvidadas en las naves del castillo;
á los órganos que gimen en las bóvedas del templo;
al pausado clavicordio que una mano aristocrática,
del salón de la penumbra, para siempre dejó abierto;
á los rojos violines que suspiran silenciosos
en las lóbregas buhardillas de los pálidos bohemios,
con sus alas temblorosas arrancaron
fugitivas vibraciones de suspiros y de besos!...

Junto al Cristo que sucumbe
en el místico madero,
de las lámparas de oro parpadean
los agónicos reflejos;
y á ellas vuelan, con las alas extendidas,
los fatídicos murciélagos...

Y las lámparas se extinguen...

Y profanan el silencio

de las bóvedas sombrías,

las siniestras carcajadas del hereje

y las roncadas maldiciones del blasfemo...

A los últimos fulgores de la tarde moribunda

aparecen los murciélagos...

Son suspiros que se escapan de los labios de la sombra..

Viven sólo en los sepulcros del ruinoso cementerio...

Se alimentan con los lívidos gusanos

que devoran á las vírgenes...

Se emborrachan con la sangre coagulada de los muertos...

Al contacto de sus alas, los rosales se estremecen,

y las rosas con el llanto luminoso de sus pétalos

ensangrientan las mortales palideces del crepúsculo,

que al son ronco de las fúnebres campanas,

lentamente va muriendo...

¡Oh, amarguras infinitas!...

¡Oh, recónditos pesares!... ¡Oh, murciélagos!...

Vuestras alas oscurecen los fulgores de las lámparas
que iluminan los altares melancólicos del templo,
donde exangüe, coronado de nostalgias y de espinas,
muere el Cristo, triste y pálido,
de mi loco pensamiento!...

Anidasteis en la tumba de mis muertas ilusiones...

Vuestro fúnebre contacto ha dejado sin un cáliz
al rosal de mis Ensueños;

y en las hondas sepulturas,
donde yacen enterrados mis recuerdos,
se enrojece vuestro hocico,

vuestro hocico repugnante de vampiros,
con la sangre coagulada de mis muertos...

¡de las vírgenes difuntas, que se pudren

en sus tálamos de piedra,
con las manos amarillas enlazadas sobre el pecho!...

Se marcharon mis alegres camaradas...

En las calles aulla un perro...

Agonizan los fulgores de mi lámpara,

y en el aire, ebrios de sombra,

giran locos los murciélagos...

.....
¡Oh, mi virgen! ¿No te acuerdas? En mis brazos apoyando

la escultura dolorosa de tu cuerpo,

á los rayos de la luna, lentamente caminabas,

deshojando margaritas por la nieve del sendero...

.....
De repente, nuestras frentes rozó el ala

de un fatídico murciélagos,

que en la calma de la noche se perdió como un presagio

de amarguras infinitas...

.....
Las estrellas, como cirios sepulcrales, se encendieron,

y doblaron lentamente las campanas

con el fúnebre gemido de tu acento...

Y en el negro catafalco te vi inmóvil,

coronada de azahares,

con las manos amarillas enlazadas sobre el pecho...

.....

El terror abrió mis ojos...

Los fulgores de la lámpara morían,
y turbaban el silencio
de mi alcoba solitaria, los medrosos aletazos
de un fatídico murciélago...

NEURÓTICAS

Á JULIO PELLICEE

I

En la copa de Venus fulgura,
sangre de claveles y alma de rubies,
la divina embriaguez de los sátiros,
el vino purpúreo que escancian las vírgenes.

Sobre el lago vuelan
en un sueño de nieve los cisnes,
los cándidos cisnes ebrios de azahares...
Y al pie de la Esfinge
del Amor Eterno,
busto femenino con garras de tigre,

los labios lascivos
de Afrodita rien.

.....
Ya no hay vino de amor en las copas!...

Sobre el lago los cisnes no juegan...

El alma sombría del lúgubre Otoño
entre los marchitos rosales se queja...

Una blanca visión temblorosa,
á través de la obscura arboleda,
en el viejo jardín encantado,
como un rayo de luna penetra...

.....
¡Oh, mi pálida virgen, la Musa
de mis viejas canciones, no vengas
á apagar en mis brazos tu fiebre,
porque ya no queda
ni una gota de llanto en mis ojos,
ni una gota de sangre en mis venas!

II

La frente entre las manos,
los codos en la mesa,
mientras sus camaradas, ebrios, gritan,
el poeta recuerda.

Se quiebran copas en honor del Arte
y las pipas románticas humean,

Llora un viejo piano
la muerte de la tísica Bohemia;
y el poeta, callado, en su amargura
levanta lentamente la cabeza...

Sobre la enferma palidez del rostro
arroja negras sombras la melena...

Y en la copa, la Musa del ajeno,
abre sus ojos de esmeraldas muertas,
y en sus labios le ofrece un venenoso
olvido de embriaguez para sus penas!

III

¡Oh, mi alma, mi alma es un lirio,
es un lirio de amor, todo blanco,
que al altar de una virgen ofrece
en sus pálidos dedos un santo!
Y mi carne — deseos y vicios —
es un lirio sangriento y morado,
que se inclina sin vida, marchito,
sobre el agua de un verde pantano!

LA CANCIÓN DE LA ESPERANZA

Á LUCIANO ANEIROS PAZOS

Asomadas á la torre del castillo solitario
que les sirve de sepulcro, las princesas
encantadas, con los ojos siempre fijos
en el polvo del camino, á los príncipes esperan.

— ¡Ya se acercan, ya se acercan!

Resplandecen como soles las doradas armaduras,
y en los aires flota y brilla el airón de las cimeras! —

Y los príncipes, al frente de los jóvenes guerreros,
en las puntas de las lanzas flameando las banderas,
avanzaron en sus árabes corceles...

Y las pálidas princesas,
con los ojos empañados por las lágrimas,
los miraron alejarse para siempre, por las sendas
de laureles y de mirtos,
bajo el trueno de oro y plata de las bélicas trompetas!

— ¡Ya se acercan, ya se acercan!

Se estremecen los penachos
y el armiño de las clámides blanquea!... —

Y los príncipes, jinetes en caballos montaraces,
con el cuerno entre los labios y el halcón sobre la diestra,
avanzaron, entre aullidos de famélicas jaurías...

Y las pálidas princesas,
con los ojos empañados por las lágrimas,
los miraron alejarse por las selvas,
tras la caza moribunda perseguida por los perros.

— ¡Ya se acercan, ya se acercan!

Vienen todos coronados de azahares y azucenas! —
Y los príncipes, jinetes en hipógrifos fantásticos,
avanzaron por las nieves...

Y las pálidas princesas,
con los ojos empañados por las lágrimas,
los miraron alejarse, á los sonos de las liras,
persiguiendo los fulgores de una estrella.

En los bosques ateridos aúlla el lobo.
Han borrado las nevadas los linderos de las sendas,
y asomadas á la torre del castillo solitario
que les sirve de sepulcro, las princesas
encantadas, con los ojos siempre fijos
en el polvo del camino,
aún, temblando, la llegada de los príncipes esperan!

FLORES ROJAS

Hay bocas de lirios, ánforas de aromas,
que cierran heridas y besan las plantas
del Mártir... Sus besos son blancas palomas
que vuelan al cielo: son bocas de Santas!

Hay boca de sueños eternos florida;
rosales perennes cubiertos de rosas
que con sus perfumes alegran la vida
y calman las penas: son bocas de Esposas!

Hay bocas de llamas que queman y encantan,
bocas sensuales que ignoran las penas:
hay bocas que ríen, y bocas que cantan,
y al cantar encantan: bocas de Sirenas!

Hay bocas de brasas, insaciables bocas
que besan y muerden y arrancan suspiros!
Sus besos desangran!... Sus caricias locas
nos dejan exangües: bocas de Vampiros!

¡Flor mustia en un libro, tu color evoca
cuando el viento errante con tus hojas juega,
el coral enfermo de la exangüe boca
que muere esperando beso que no llega!

¡Rosa fresca, evocas aquel labio muerto
que dejó su alma, en caricia loca,
allá en la penumbra del salón desierto,
toda deshojada dentro de otra boca!...

¡Boca sanguinaria, boca purulenta
de labios hinchados, boca enrojecida
en la frente pálida, por donde sangrienta
en busca de un sueño, se escapó la Vida!...

A JUAN R. JIMENEZ

Sobre un cisne de alas negras ¡oh, Lohengrin misterioso!
deshojando la armonía de encantado florilegio,
por las sendas silenciosas y sangrientas del Martirio,
vagas solo, conversando con las sombras de tus sueños.

En las brisas impregnadas de suspiros y de lágrimas
roncos gimen los fantasmas de los besos que murieron...
¡de los besos que se pudren en los rojos ataúdes,
esperando las caricias fugitivas de otros besos!

Y á lo lejos resplandecen, como lívidas auroras,
los fulgores de unos ojos infinitamente negros...

¿A qué playa te conducen las nostalgias de tu cisne?
¿Qué princesa necesita la victoria de tu acero?

Has llegado como un mártir, de las islas tenebrosas
donde rojas centellean las pupilas del Rey Tétrico,
del Monarca de cabeza de Medusa,
que en las sombras de la noche,
apacienta los rebaños monstruosos de los tímpanos...

Las serpientes escarlatas de cabezas femeninas
el dogal de sus anillos enroscaron á tu cuello;
las panteras de la fiebre devoraron tus entrañas;
con la sangre de tus venas se han nutrido los murciélagos;
y las hienas, con los lomos erizados,
dando aullidos de alegría, en la arena del desierto,
han saciado sus feroces apetitos
con la carne corrompida de tus muertos:

esperanzas é ilusiones que se pudren lentamente
en el fondo de tu alma, devoradas
por los lívidos gusanos de tus propios pensamientos!

Es tu musa pensativa. Ama el claustro silencioso
donde el Cristo moribundo se desploma en el madero,
con la sien atravesada por la espina de la envidia
y el costado desgarrado por la lanza del blasfemo.

En praderas de azucenas ideales, apacienta
el rebaño pudibundo de tus cándidos corderos;
y de noche, por las largas avenidas de cipreses,
deshojando los miosotis de tus íntimos recuerdos,
se desliza como un rayo melancólico la Luna,
esperando las caricias del Misterio.

También ama las campiñas!... Corrió alegre
por las sendas perfumadas del Idilio, persiguiendo
mariposas de oro y nieve,
de tempranas violetas coronados los cabellos...

A la sombra de los pámpanos frondosos
en los labios de una virgen se embriagó de castos besos,
y sus rimas, como pájaros azules,
sollozantes se perdieron
tras el vuelo melancólico de un alma,
por las claras y azulosas soledades de los cielos...

¡Oh, poeta taciturno! En mis horas de amargura,
cuando muerden los dolores como víboras mi pecho,
abro el libro de tus rimas,
cual si abriese los sepulcros de olvidado cementerio,
del ruinoso cementerio donde yacen mis pasiones
enterradas en los negros ataúdes del Recuerdo!

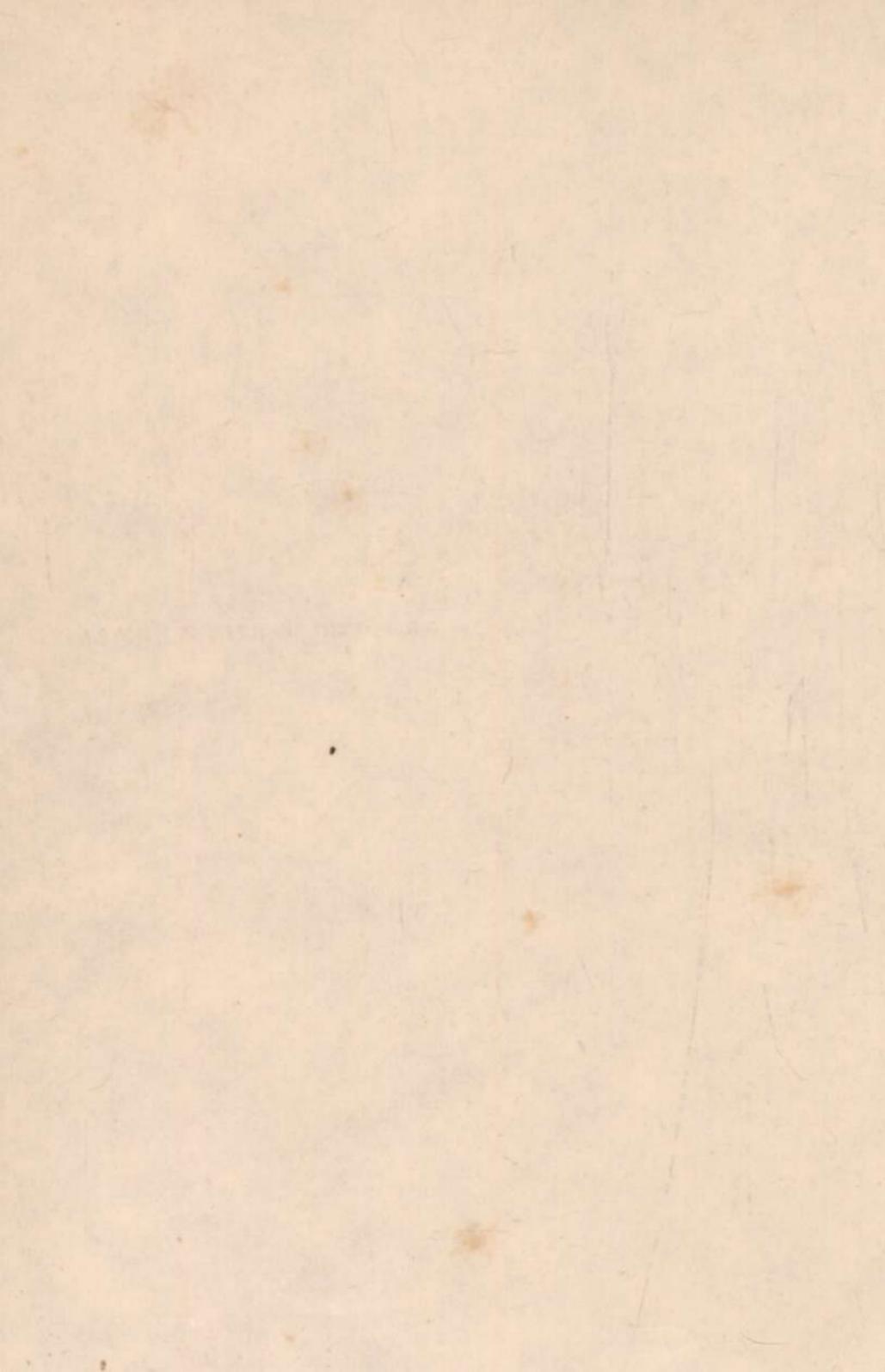
La alba novia, que ceñida de azahares, abrió, trémula,
el jardín de los amores á los faunos del Deseo;
la soberbia soberana que en el trono de la cumbre
me ofreció los verdes lauros que la gloria brinda al Genio;
la novicia que agostó su vida amarga,
como un lirio ensangrentado,
en el claustro tenebroso de mis tristes pensamientos;

todas surgen de sus negras sepulturas,
y en la sombra me acarician
con sus manos descarnadas de esqueleto...

Y al morir cual eco errante
la armonía de tus versos,
mis pesares se despiertan y devoran como hienas
el cadáver mutilado de mis sueños,
mientras siguen mis pupilas
melancólicas, el vuelo
de las cándidas palomas que se pierden perseguidas
por las garras de los cuervos,
derramando tibia lluvia de rubíes
en las tristes y azulosas lejanías de los cielos.

SONETOS

Á GREGORIO MARTÍNEZ SIERRA



PAISAJE INTERIOR

Cual sol en los cielos entreabre el Delirio
su enorme pupila torva y sanguinaria;
y en la roja tarde vaga solitaria
el alma marchita de cárdeno lirio.

Lenta nube vierte sangre de martirio,
el ciprés eleva su negra plegaria,
y enciende en el cáliz de la pasionaria,
lívida luciérnaga, fantástico cirio.

Sollozan los vientos. En lagos de llanto
los cisnes heridos apagan su canto.
Sobre las palomas vuelan los neblías,

y entre las adelfas alza lentamente
su verde cabeza, la Eterna Serpiente
de escamas de oro y ojos de rubíes.

LOS CRUZADOS DE THULE

Son los Cristos que enrojecen los laureles del Calvario
con la púrpura triunfante de su sangre generosa;
rosas místicas que mueren en el seno de una hermosa,
mirra que arde entre las ascuas del simbólico incensario!...

Soñadores cenobitas que en el yermo solitario
con sus lágrimas fecundan una flora milagrosa;
argonautas que navegan en la noche silenciosa
tras el oro de un remoto vellocino imaginario!...

Son los cisnes que agonizan en el lago de los cielos;
peregrinos que caminan por la noche de los hielos...
Están ebrios de nostalgias. Su mirada entristecida

bebe el rayo tembloroso que al morir la Luna vierte...
Marchan solos... Y se pierden por las sendas de la Vida,
en silencio dialogando con la sombra de la Muerte...

CREPUSCULO MISTICO

Los cipreses, dos hileras de monjes encapuchados,
con sus éxtasis vigilan los silencios de la casa,
y en los altos ventanales los crepúsculos dorados
iluminan las imágenes con el oro de su brasa.

Suena el órgano en los claustros de pintadas vidrieras,
donde vagan las tristezas de las sombras monacales,
que extasiadas en un sueño de celestes primaveras
se olvidaron que florecen en el huerto los rosales.

¿Qué dolor, carnes reclusas, os cilicia y os flajela?
El vampiro del recuerdo en las largas noches vuela,
y estenúa vuestro cuerpo en las hoscas reclusiones...

— ¡Miserere! — claman roncadas vuestras voces en el coro,
mientras de las vidrieras en los altos rosetones
resplandecen las custodias del crepúsculo de oro!

DEL MES DE MARIA

Sube al alto cimborio, con la niebla del incienso,
la litúrgica dulzura de los cánticos monjiles,
y escuchándola, sentado sobre vieja banca, pienso
que revive la poesía de mis sueños infantiles.

¡Cuántas veces, tras las rejas, sorprendiera mi mirada
en un pálido semblante la sonrisá de una boca,
cuyos labios se entreabrían, como lúbrica granada,
entre el lino blanco y trémulo de los velos y la toca!

Claros voces, claros voces que mi infancia perfumaron
con la flora azul y mística de los huertos celestiales...
¡Cuántas noches mis nostalgias infantiles despertaron!...

¡Oh, la novia de mis sueños!... Rubia monja que solía
contemplarme pensativa, á través de los vitrales,
de ojos tristes y profundos cual los ojos de María!

NOSTALGIA DE BRUMAS

Bajo los cegadores cielos de Andalucía
turba sus claros ojos una tristeza gris;
nostalgias y saudades de la melancolía
brumosa y apagada del cielo de Paris...

Probó la embriaguez lúbrica de los vinos de oro;
enloqueció de amores en la florida reja,
y en fiestas de oro y sangre, vió revolverse el toro
oscuro, entre los pliegues de la capa bermeja...

Y entre senos de bronce y brazos asfixiantes,
sobre ojos que brillaban como negros diamantes,
evocó de otros ojos la celeste visión...

Y mirando del Betis la corriente serena,
recordó con tristeza la turbia agua del Sena
donde él flotó el cadáver de la rubia Mignón!

ENSUEÑO DE OPIO

Es otra señorita de Maupín. Es viciosa
y frágil como aquella imagen del placer,
que en la elegancia rítmica de su sonora prosa
nos dibujó la pluma de Theofilo Gautier.

Sus rojos labios sáficos, sensitivos y ambiguos,
á la par piden besos de hombre y de mujer,
sintiendo las nostalgias de los faunos antiguos
cuyos labios sabían alargar el placer.

Ama los goces sádicos. Se inyecta de morfina;
pincha á su gata blanca. El éter la fascina,
y el opio le produce un ensueño oriental...

De súbito su cuerpo de amor vibra y se inflama
al ver, entre los juncos, temblar como una llama
la lengua roja y móvil de algún tigre real!

RUBEN DARIO

Tu alegre musa es hija de la musa pagana
que violó entre laureles el fauno Anacreonte,
mientras rastreando hoscas, atronaban el monte
con sus roncós ladridos, los perros de Diana.

Brindó al sátiro el fuego de sus labios de grana,
y al morir el crepúsculo en el rojo horizonte,
atravesó, cantando, la barca de Caronte,
desterrada á las brumas de una tierra lejána.

Y hoy, que la griega abeja le ha negado sus mieles,
perdida en las neblinas del gris paisaje exótico,
sueña con las cigarras en bosques de laureles;

y sintiendo saudades de lujurias lejanas,
turba su caramillo con un lamento erótico
la quietud de las vírgenes selvas americanas!

¡RESURRECCION!

Sobre el mar de oro flotan como nubes lejanas
las velas palpitantes de las embarcaciones,
y saludan la hora de las Resurrecciones
con un sonoro escándalo de bronce las campanas.

El Sol arde glorioso... Silencio... El aire quema.
Señala el Mediodía el viejo meridiano...
Sobre el papel, la pluma abandona la mano
que ha acabado ya el último verso de su poema.

—¡Resurrección!- exclaman los bronce al oído...
Otra vez el divino milagro se ha cumplido!
Al son de las campanas, los ángeles abrieron

las losas funerarias de las tumbas desiertas...
¡Y volverán de nuevo á sonreir las muertas
sombras que en otra vida también nos sonrieron!

SILENCIO

¡El silencio! La Esfinge con el dedo en el labio...
Azahar inviolado de la frase no escrita...
La flor á quien consulta amores Margarita...
El libro donde siembra sus máximas el sabio...

El ensueño tranquilo del amor sin agravio...
Oración sin palabras de espectral cenobita...
Majestad de la estatua... La tristeza infinita...
¡El silencio!... La Esfinge con el dedo en el labio...

¡Oh, los reyes que duermen en las piedras tumbales!

¡Oh, las almas sufridas que se callan sus males!...

En la celda más triste del obscuro convento,

viejo monje contempla, silencioso é inerte,
sobre la abierta página de infolio amarillento
el borroso esqueleto de la pálida Muerte!...



PAGINA GRIS

Bajo un cielo de plomo, sobre un mar de ceniza,
entre la gris neblina del continuo aguacero,
soñando con las sombras de su puerto postrero,
el bajel somnoliento del tedio, se desliza.

El viento quejumbroso las sucias velas riza;
se yergue inmóvil, rígido, el alto mastelero,
y en la cruz alza al aire su graznido agorero
el simbólico cuervo que mi amor simboliza,

¡Oh, mi alma, gigantesco pájaro desolado;
deja ese buque fúnebre, deja ese mar helado
que ni ruge al empuje de roncós huracanes,

ni al soplo de las brisas de placer se estremece,
y vuela hacia aquel cielo, cuyo azul obscurece
el penacho de humo de los rojos volcanes!

¡EVOHÉ!

Yo fui tu sacerdote, el que ofició en la misa
nupcial, en la roja misa de Iniciación;
el que bebió en el cáliz de tu más loca risa
toda la sangre virgen de tu fiel corazón!

El alma del incienso perfumaba la brisa,
en los aires vagaba una blanca canción,
y el sol naciente abría su mirada indecisa
cual la roja pupila de un lascivo león,

¡Oh las misas nupciales al pie del limonero
florido! Deshojaste tus rosas en el ara...
Llorabas de alegría, reías de dolor,

cuando baló su muerte el más blanco cordero
de todos los que en lirios de Ensueño apacentara
la cándida sonrisa del Angel del Pudor!

PENTÉLICA

¡Dejad al Norte frígido la bárbara poesía
de sus feroces ídolos y de la cruz cristiana!...
Naturaleza entera conserva su pagana
juventud, bajo el claro cielo del Mediodía...

Aún surge del mar Venus; Baco apura su copa;
en el arco sus flechas extienden los Amores;
y la sangre de Adonis enrojece las flores,
y el cisne tienta á Leda, y el toro rapta á Europa!

Aún cándidas doncellas, en horas cenitales,
ofrendan á Afrodita sus velos virginales;
y lúbricas llamean de amor, en la floresta,

las pupilas del sátiro, contemplando en las linfas
azules, bajo el oro cálido de la siesta,
reverberar los mármoles desnudos de las Ninfas!

SELAMEK INDRIVRINK

Cargado con mi lírico tesoro
vuelvo otra vez de las remotas Thules,
de los países mágicos y azules
donde florecen las toronjas de oro.

Allí David me dió sus incensarios,
y de Belkis las manos irreales
agobiaron mis viejos dromedarios
de gemas y perfumes orientales.

Aprendí sobre pieles de panteras
y en brazos de desnudas bayaderas,
del amor fuerte y único, el conjuro...

Y en medio del festín de Baltasar
descifró mi mirada sobre el muro
lo que nadie ha podido descifrar!

EL TENTADOR

Es Don Juan. Tiene filtros infernales
para acudir á la nocturna cita.
Vence con su collar á Margarita
y asesina en la sombra á sus rivales.

A veces es mujer, y en los sensuales
brazos de un abad trémulo, palpita;
y violador de muertos, resucita
en la tumba sus tálamos nupciales.

Rondador de conventos, acaricia
— en sueños — á la pálida novicia
que anhela el beso de la bestia humana.

Y al apagarse el último lucero,
como un negro murciélago, ligero
se escapa, ebrio de amor, por la ventana!

WALPURGIS

Es hora propicia de rasgar sudarios.
El monje inconfeso su sepulcro deja,
y tiembla en el aire la agónica queja
que lanza la sombra de los campanarios.

Todos los caminos están solitarios;
lloran los cipreses una pena vieja;
y apagan las alas de insomne corneja
los cirios que arden en los santuarios.

Abren sus fosfóricos ojos los chacales,
y los bandoleros alzan sus puñales...
Preso el duende, el signo del Dios Negro nombra;

la monja en su lecho tiritita de frío,
mientras acaricia la bruja en la sombra
la negra perilla del Macho Cabrío!

PARABOLAS

Á JOSÉ DURBÁN OROZCO

Fué una noche tenebrosa del Walpurgis.
A la tierra, cual mortaja, las tinieblas envolvían;
y los rojos cazadores del infierno,
con sus gritos azuzaban las diabólicas jaurías
de los roncós huracanes, que mugiendo
como búfalos fantásticos,
por la selva obscura y lóbrega de la noche se perdían.

En el bátrato, las brujas,
la urdimbre misteriosa de la Vida,

con las cuerdas del ahorcado, con las llagas del leproso,
y la sangre venenosa de los lúgubres suicidas,
á compás de sus blasfemias,
como arañas monstruosas, enredaban y tejían...

¡Y entre nieves y entre escarchas,
saludado por los truenos,
á las luces del relámpago, abrió un niño las pupilas!
.....
Fué un crepúsculo de Invierno.

En el bosque gris y húmedo,
lentamente la nevada, silenciosa descendía.

Ya trajeron la mortaja... Sobre el negro catafalco
las violetas se deshojan y los cirios agonizan.

Cerca gimen los responsos... ¡En cerrar la negra caja,
carpintero, date prisa!

Las tinieblas avanzaron...

Y á los rayos mortecinos de la luna,
que luchando con las sombras se apagaba y encendía

como cirio agonizante combatido por los vientos,
ante un huérfano enlutado, que solloza de rodillas
abrazado á una cruz negra, cruza lenta y silenciosa
despidiendo fuegos fatuos, una fúnebre Teoría.

.....
Ya llegó la Primavera...

Nievan blancas mariposas los almendros.

Hay arrullos de palomas en las ramas florecidas
y temblores de libélulas en los cálices abiertos.

Bajo el palio perfumado de un naranjo, los amantes,
con las manos enlazadas, se contemplan en silencio...

¡Oh, las tímidas promesas de los labios juveniles,
los callados juramentos

que se pierden como místicas palomas
en la risa luminosa de los cielos!

Canta un ave en la espesura...

El Sol muere, como un Príncipe, en su lecho

de oro y púrpura;
y el naranjo, á la caricia lujuriosa de los vientos,
vierte lluvia de azahares sobre el llanto de dos almas
que agonizan abrazadas en el tálamo de un beso!...

.....
Suenan bélicos clarines en el patio del castillo.
Un caballo de la Arabia de impaciencia tasca el freno...

Campeón de la Locura,
á la lid marcha el guerrero!
En la cima de su casco tiembla el águila.
Las estrellas resplandecen en las bandas de su pecho.

Los heraldos van delante. Visten púrpura y brocado...
Son los versos
de la Gloria, los que vibran triunfalmente
como auríferos clarines en la arena del torneo!
Detrás marchan, coronados de laureles y de rosas,
los gallardos paladines...

Rubios pajes de la Reina del Ensueño...

Es de oro su armadura. Sus corceles son de nieve.
El amor es su divisa. Su acicate es el Deseo!...

.....
De las altas ojivales en los vidrios de colores,
temblorosa la alborada deja un beso
de oro y rosa. Vibra el órgano
bajo el ritmo de los dedos
musicales de una pálida novicia

de ojos tristes y enlutados.

Ante el Cristo, silencioso, que agoniza en el madero,
hay dos novios de rodillas,
con las manos enlazadas y los labios entreabiertos.

Vierte el cirio la tristeza de sus lágrimas de oro.
Como flor mística exhala sus perfumes el incienso,
y en el cáliz sacrosanto resplandece
la pureza inmaculada de la sangre del Cordero!

.....
En la torre grazna el buho,

y la luna melancólica deshoja
la tristeza de sus rayos en la copa azul del cielo.

Un extraño peregrino cruza el páramo...

Ve una palma... Mas desprecia la frescura que le brinda.

—No es tu sombra la que busco!—dice lúgubre y sombrío
y de nuevo por la arena del desierto se encamina.

Cruza el valle, que embalsama los jardines florecientes.

Entre rosas, una virgen amorosa sonreía...

Y el viajero, sin pararse, dice triste y melancólico:

— ¡La sonrisa que yo busco no es tu lúbrica sonrisa! —

Sube al monte. Los señores del castillo: —Honra-dicen—
nuestra mesa! Pasa, y bebe una copa en nuestra orgía!—

Y el viajero, sin pararse, les responde tristemente:

— ¡Vuestra mesa no es mi mesa!

— ¡Vuestra copa no es la mía!

Huella el hielo de las cumbres.

En la cima hay un convento.

— ¡De Jesús — dicen los monjes — el apoyo solicita! —

—Vuestro credo no es mi credo!—les contesta el peregrino,
y en silencio, por la nieve, lentamente se encamina.

.....

Han pasado varios siglos. Y aún, por valles y montañas,
despreciando los consuelos y placeres que le brindan,
va el viajero misterioso
lentamente, lentamente, caminando todavía!

SPOLIARIUM

Á THOMAZ DA FONSECA

Hay un árbol negro y gigantesco cubierto de abrojos
ensangrentados,
donde abren sus lívidos ojos
los ahorcados...

Los ahorcados tienen los rostros amoratados,
llenos de placas verdosas.

De sus amarillentos dientes
cuelgan, sanguinolentas,
sus hinchadas lenguas escamosas...

Cuando aúllan los vientos entre las ramas crugientes,
los ahorcados, pendientes
de la cuerda, como ebrios, se tambalean,
y sus vidriosos ojos fosforescentes
trémulos en las tinieblas relampaguean! ..

Vuelan fúnebres moscas de alas verdosas
en torno de los rostros congestionados,
de los rostros que semejan marchitos lirios morados,
zumbando sordamente historias dolorosas.

Los diabólicos perros negros, encendidos los ojos,
rechinando los dientes, con los lomos erizados,
abandonan las cavernas de la Sombra,
devorando los despojos
de los míseros ahorcados!

Hay un mar infinito de olas
de sangre estancada y lágrimas corrompidas,
donde flotan, cual lotos de cárdenas corolas,
las fétidas cabezas de los suicidas...

Vampiros de alas negras revolotean ansiosos
sobre la rota frente ensangrentada;
y con sus hocicos húmedos y viscosos,
se beben la sangre coagulada
en las anchas heridas, y cierran con su vuelo
las pupilas inmóviles,
que aún esperan, abiertas, la bendición del cielo!...

LA MUSA ENFERMA

(1898-1900)

MISERERE

Á ALFONSO MONGE AVELLANEDA

¡Oh, enlutados y tristes romeros,
leprosos, mendigos, tullidos, poetas,
almas devoradas por todos los vicios,
carnes corroidas por todas las lepras!...
¡Recorred, entonando plegarias,
los caminos que van á la iglesia!

¡Dadme un fuerte bordón, peregrinos!...
Un apoyo, un sostén... ¡Aunque sea
¡oh, leproso!, tu mano deforme,
de sudor y de escamas cubierta!

¡Y arrastrando como una serpiente,
con el cuerpo pegado á la tierra,
seguiré vuestro lento desfile,
á través de las sombras eternas!

¡Tú conoces el tedio, tullido,
que en la noche caminas á tientas,
arrastrando el dolor de tu carne
y el terror de tu enferma conciencia!...

Tú conoces el tedio!... Lo sientes
como plomo pesar en tus venas...
Paraliza tus miembros exangües
y tu planta á la tierra sujeta!

¡Sigue, sigue, á la luz de los cirios,
los caminos que van á la iglesia!...
Besarás con tus labios piadosos
del Dios Bueno la mística enseña;

y dejando tu *ex voto* en el atrio,
tornarás limpio y sano á tu aldea,
al hogar apacible y alegre
donde amante la esposa te espera,
y los hijos, tendidos los brazos,
con sus risas celebran tu vuelta!

¡Oh, leproso de piel de serpiente
y feroces pupilas de hiena,
que á través de los largos caminos
vas aullando tus trágicas penas!...

¡Tú conoces los hondos dolores
que devoran las almas enfermas!
Tus hidrópicas manos hinchadas,
— ¡más que manos, son zarpas de fiera!, —
manan sangre al contacto del báculo
y al calor de los cirios chirrean;
y tus pies purulentos y negros
enrojecen las lóbregas sendas...

Con la fiebre rechinan tus dientes;
y tu carne podrida y sangrienta
se deshace á jirones, roída
por el diente voraz de la lepra...

¡Sigue, sigue cantando en la sombra,
los caminos que van á la iglesia!

¡Al pasar los umbrales del templo,
besarás prosternado la tierra;
te hundirás en las aguas lustrales,
y ahogarás tus miserias en ellas!...

Y ya libre del mal, sonriente
volverás á tu hogar, donde trémula,
coronada de flores nupciales,
tu ideal prometida te espera!

¡Entonando piadosas plegarias,
negras sombras de inmensas tristezas,
proseguid á la luz de los cirios,
los caminos que van á la iglesia!...

¡Recorred las campiñas dormidas
y las tristes ciudades desiertas!...

Brilla el alba; y en el santuario
que aún en velos envuelven las nieblas,
las campanas, de júbilo locas,
repicando convocan á fiesta!...

A compás de los sonos del órgano
que en las bóvedas santas resuena,
el Vicario, luciendo entre cirios
la bordada casulla de seda,
la blancura inmortal de la hostia
en sus dedos ungidos eleva!...

¡Penetrad, entonando plegarias,
leprosos, tullidos, mendigos, poetas!...
Yo, al miraros salir, silencioso,
como estatua yacente, á la puerta,

implorando una santa limosna
tenderé tembloroso mi diestra,
¡dónde aún sangran los clavos de hierro
que á la cruz la tuvieron sujeta!

LA HERMANA NEGRA

Camino sin rumbos, y por mi camino
una hermana negra siempre me acompaña,
mi sombra, tan muda como mi destino,
y como mi vida, tétrica y huraña.

Camino de Arabia la miró la luna
sobre un melancólico camello cargado
de todas las joyas con que la Fortuna
atestó los áureos cofres del Pasado,

La vieron los astros cruzar el desierto,
mientras rastreaban sus pasos las hienas,
llevando á los hombros un ensueño muerto
de asfixia en la cálida sed de las arenas.

¡Sombra, de mi mismo misterio surgiste,
y también conmigo irás al misterio,
al volver al seno de la tierra triste,
bajo los cipreses de algún cementerio!

SONETOS

Á GABRIEL JIMÉNEZ LAMAR

FIEBRES

I

¡Bárbara Musa de coturno trágico,
engendro de Medea y de Saturno;
todo se seca y muere bajo el mágico
influjo destructor de tu coturno!

Mi sangre de pavor se paraliza
cuando en mis castas soledades, Musa,
en las cortinas del umbral se eriza
tu espantosa cabeza de Medusa!

A tu presencia tiembla el alma entera;
y atacado de súbita ceguera
por sendas laberínticas me pierdo...

Y en las sombras sin fin que me rodean,
siento que se despiertan y hormiguean
las víboras hambrientas del recuerdo!

II

¡Qué sueño horrible de pavor! Recorre
aún mi carne nervioso escalofrío...
Aún me eriza el terror... ¡Nada hay que borre
la roja angustia del ensueño mío!

Ensangrentada entre mis brazos!... Siento
aún — y olvidarlo intento en vano —
en mi oído la muerte de tu acento
y el calor de tu sangre por mi mano...

He envejecido en estas horas tanto
que verme en el espejo me da espanto...
Maldiciendo el rigor de su destino

se muere el corazón desesperado...
¡Ven, y calma el dolor de este asesino,
que en un sueño de amor te ha asesinado!

III

Saltar tus ojos de terror querían...
Era un turbión de espanto tu cabello,
mientras mis dedos lívidos se hundían
en la frágil blancura de tu cuello.

Bajo el espanto de tu faz crispada
mis manos te asfixiaban cual serpientes,
y sangraba tu lengua amoratada
entre el blancor pasmado de tus dientes...

Te ví palidecer y desplomarte...
Desperté... Lancé un grito de agonía,
y entre las sombras comencé á llamarte...

Y me quedé de pronto enloquecido
al verme en el espejo, porque había
en una sola noche encanecido!

IV

Mi corazón entero es una llama.
Me siento arder... Todo lo ven mis ojos
como á través de una asfixiante flama
de negras penas y martirios rojos!

Vienes ardiendo toda!... Tu vestido
es una llama que en el aire ondea,
y arremolineado y encendido
como una antorcha, tu cabello humea!...

Me fascina tu ardor de calentura...

¡Bésame entre tus brazos, con locura,
pues conviertes en polvo cuanto besas!...

¡Consume mis despojos en tu fuego,
y en la sombra glacial, aventa luego
la efímera ilusión de mis pavesas!

V

Esta ola de fuego que me envuelve
me arrastra hacia un país desconocido,
y de nuevo á la playa me devuelve,
dejándome en la arena sin sentido.

Y temblando de angustia me despierto,
y me encuentro asfixiado de bochorno,
tendido en las arenas de un desierto
cálido y crepitante como un horno.

El fuego persistente de tus ojos
me envuelve todo en sus reflejos rojos,
y me arrastra á las aguas de algún río...

Y en el silencio de su agua helada,
mientras tiritita el alma agarrotada,
se oyen mis dientes rechinar de frío!

VI

Llegó el negro fantasma arrebujaado;
y en un gesto de horror y de pavora,
arrojó sobre mí su aliento helado,
y me sentí morir de calentura!

Mi carne se rasgaba como para
morir, y mi osamenta se rompía,
como si á dentelladas desgarrara
mi cuerpo, una famélica jauría!

Surgieron de mi horror, en dislocantes
danzas, esas memorias que me abruma,
porque de mi existencia son compendio,

cual los monstruos de oro crepitantes,
que saltan y se agitan y se esfuman
entre las llamaradas de un incendio!

VII

Tiene la senda combustión de hoguera;
y yo camino tembloroso y ciego,
tras de la antorcha de tu cabellera
que es como un lampo atravesando el fuego!

Mi planta abrasan los carbones rojos;
me envuelve, en espiral, la calentura;
siento la asfixia, y al abrir los ojos
mi cuerpo es una inmensa quemadura!

Y del incendio al resplandor te veo
encendida de amor y de deseo,
sonreir, sin quemarte, entre las llamas...

Dulce te inclinas sobre el cuerpo mío,
y en mis heridas, al besar, derramas
una alegre frescura de rocío!

VIII

Muerte, en mis noches, dí, ¿por qué no exhalas
el olvido letal de tu perfume?

Abriendo sobre mí sus negras alas,
el vampiro del Tedio me consume!

Siento en la boca, helando mis deseos,
las sucias humedades de su hocico,
mientras el buitre de los Prometeos
devora mis entrañas con su pico!

¿Por qué, Noche, el terror de tus tinieblas
de extraños seres y de monstruos pueblas?
Ningunos brazos mi dolor amparan!...

Se oyen sordos rugidos de agonía,
como si dentro de mi sér aullaran
las hambres de diabólica jauría!

IX

La obscura noche amortajó la Tierra,
y aullando de furor desciende el viento
—monstruosa sombra de un chacal hambriento—
de las guájaras negras de la sierra!

¡El alma, ciega de pavor, se encierra
como en la estéril celda de un convento,
en la desolación de un pensamiento,
corza que echó de su breñal la guerra!

— ¡Señor! — clamo con labio tembloroso,
clavadas las rodillas en el suelo:

— ¡Dadme un poco de paz y de reposo!

He dejado mi vida abandonada,
bajo la negra maldición del cielo,
en la cruz del Dolor crucificada!

X

... Y me dijo el fantasma: —¿Por qué tarda
tu mano en arrancar esa cadena,
cuando lejos de aquí, una serena
felicidad sin límites te aguarda?

Naufregará tu cuerpo, mas gallarda
el alma libre pisará la arena...
¡Para olvidar la angustia de tu pena
deja al recuerdo que en las sombras arda!

Arroja luego su ceniza al viento;
y cuando todo se haya consumido
sobre la tierra y en tu pensamiento,

— Fénix por el amor purificado —
renacerá tu sueño del olvido,
inmémora de todo lo pasado!

LA CIUDAD MALDITA

I

Vi una noche de angustia y de misterio,
que lo que dentro de mi alma había
en incendiaria dispersión huía
hasta dejarla como un cementerio!

Y arrastrado por ímpetus oscuros,
por el miedo de todos contagiado,
yo también escapé, desesperado,
saltando zanjas y trepando muros!

Y me encontré de pronto, taciturno,
pisoteada la sangrienta veste,
entre las avalanchas de basalto

del desgredado pánico nocturno
de una ciudad que huye de la Peste
ó de las pesadillas de un asalto!

II

Pasaron junto á mí, en el delirio
de los apocalípticos degüellos,
vírgenes, humeantes los cabellos,
como vivas antorchas de martirio;

semblantes fugitivos y atezados,
partidos por sangrientas cicatrices;
ancianos retorcidos cual raíces,
con los ojos de horror desencajados.

Niños con la cabeza chamuscada...
Y todo entre un horrible desconcierto
de gritos, de blasfemias y oraciones!...

Y alguna madre loca y desgredada
que, lactando, acercaba á su hijo muerto,
las llagas de sus flácidos pezones!

III

Y aquel ronco y terrible vocerío
se apagó en los silencios de lo arcano,
como se pierde el clamoroso río
en la profundidad del Oceano.

Y hundiendo en las tinieblas la mirada,
cuando todo rumor se hubo extinguido,
regresé á la ciudad abandonada,
sordo de espanto y de terror rendido!

Los que altivos palacios fueron antes
eran tan sólo ruínas humeantes...

Al peso del dolor doblé los hombros,

y recordando sus gloriosos días,
resucité, llorando, en sus escombros,
la sombra tumular de Jeremías!

ZARABANDA TRAGICA

I

Tristes memorias de los tiempos idos
vuelven en funerarias procesiones
á encender en mi estancia sus blandones
junto á tantos cadáveres queridos!

Todas con la mortaja polvorosa,
las túnicas sangrientas desgarradas,
igual que si acabaran desgreñadas
de alzarse de las piedras de una fosa!

En la oquedad de su pupila hundida
fosforecen recuerdos de miradas...
Su boca cantos de otros tiempos vierte...

Y en torno del cadáver de mi vida,
con un crujir de tibias descarnadas
bailan la zarabanda de la Muerte!



II

Unos vienen de lejos, de tan lejos
que siglos ha durado su viaje...
La fatiga ha esculpido su miraje
en las arrugas de sus entrecejos.

Un viento de pavor crispera y arruga
el sudario, y sus manos descarnadas
un grito arrancan de las oxidadas
cuerdas de un esqueleto de tortuga.

Sus harapos están llenos de lodos,
y bajo el tórax lóbrego y estrecho,
aún palpitar su corazón se siente

con ritmo musical!... Y llevan todos
cicatrices de heridas en el pecho
y un ramo de laurel sobre la frente!

III

Los hay lúgubres, trágicos y extraños,
curvados bajo el peso de la carga
de sus hondos pesares y la amarga
sabiduría de los desengaños.

Una argolla de hierro ciñe el cuello;
su sien taladra el clavo de la idea;
y en sus manos, el viento, lento hojea
el libro del Destino, roto el sello.

Las quimeras les cubren con sus velos,
y un aroma magnético de opios
sostiene la inquietud de sus desvelos;

y la ansiedad de sus pupilas huera
enfoca con sus largos telescopios
los cometas que cruzan las esferas!

IV

Los hay pequeños: larvas de deseos,
capullos que pudieron ser rosales,
que andan á rastras cual los animales,
rumiando infantiles balbuceos.

Sonríen con sus labios desdentados.
Sus esqueletos mundos de impureza,
tienen todos la púdica belleza
de los vírgenes senos intocados.

Son los ensueños que se malograron,
los efimeros sueños que duraron
apenas la ilusión de una alborada...

Huérfanos del amor y la fortuna,
cuya senda en el mundo está marcada
por un fugaz relámpago de Luna!

NOCHES DE AMOR

I

La sombra del jardín nos envolvía,
y todo parecióme á nuestro lado
por algún genio amigo conjurado
para que fueras, como fuiste, mía.

La tiniebla aumentaba á cada instante...
Sólo tus joyas y tus lentejuelas
en el mar de la sombra circundante
dibujaban fosfóricas estelas!

Entre las ramas nos hallamos presos;
dejaron de brillar tus avalorios,
y trémulos de amor y ebrios de besos,

juntos rodamos sobre el negro piélagos....
¡Y la noche cubrió tus desposorios,
con sus velludas alas de murciélagos!

II

Se sumergió la angustia de mi cuello
en el sedoso mar de las tinieblas
con que la noche de mi lecho pueblas,
al desatar tu trágico cabello.

Rasgué con mano trémula los lazos
del cendal que tus ébanos velara,
y de orgullo temblé, cual si gozara
á la Noche desnuda entre mis brazos!

En la viciosa obscuridad moría
tu voz!... El alma en las tinieblas era
como un lirio que cierra un albo broche,

mientras clavados sobre mí veía
fosforecer tus ojos de pantera
en las negras pestañas de la Noche...

LA DANZARINA

¡Danza, danzarina, con tus pies desnudos!...
¡Que tus movimientos lascivos y rudos,
tejan en la alfombra
como un remolino
de escorzos y esguinces, de luz y de sombra,
giros de serpientes y arcos de felino!

Al beso provoca,
tu lengua que tiene temblores de llama
entre el sanguinante clavel de tu boca!

Cuando tus perfumes derramas al viento,
dentro de nosotros la lujuria brama
como un tigre hambriento!

Tu seno, que á veces, entre el velo asoma,
tiene una dorada madurez de poma
reclamando unos dientes voraces...

Y al doblar tu cintura, agitada
por no sé qué lascivias tenaces,
nuestra carne se encoge curvada,
igual que una fiera
que avizor el ojo, la garra crispada,
el tímido paso de su presa espera...

Bajo el transparente
temblor de tu velo, palpitar se siente
tu carne desnuda, de amor encelada;
y enciende el deseo
tu negra mirada,
en un fugitivo y audaz parpadeo!

En tanto que sobre tus niveos hechizos
se encrespan, ondulan y enredan, silbando tus rizos,
cual vivos manojos de negras serpientes,
¡que acaricien mis manos ardientes
las curvas suaves, cálidas y blancas
que modelan tus senos turgentes,
y hacen bello el vigor de tus ancas
finas y potentes como dos potrancas!

¡Sigue, danzarina, tejiendo en la alfombra,
como un remolino
de escorzos y esguinces, de luz y de sombra,
giros de serpientes y arcos de felino!

SOLEDAD

Silencio... Soledad... La noche es nieve.
Los árboles proyectan sus fantásticas
sombras sobre lo blanco del paisaje.

Han pedido socorro mis plegarias
contra los ígneos ojos sanguinarios
que fosforecen entre secas ramas,
y sólo ha respondido á mis lamentos
mi propia voz, más triste y más lejana.

¡Desnudo corazón, tiembla de frío!...
La nieve ha hablado con su luz al alma;
y he comprendido, al fin, por qué no brotan
flores sobre su seno, y en las guájaras
sólo mudos fantasmas hormigean,
las sombras de los árboles se abrazan,
y una luna de crímenes y muertes
fosforece en las cruces funerarias!

El árbol, con sus voces sin sonidos,
algo dijo también; y supo el alma
por qué en una otoñal melancolía,
cuando los troncos humeantes hablan
y el aliento que fluye en los labios
flota como neblina entre las ramas,
tronchó su corazón y hendió sus brazos
del leñador imperturbable, el hacha!

El lobo, el mismo lobo, dijo aullando
por qué en las noches nebulosas baja

callado á los casaes de la aldea,
y sueña con la carne tibia y blanca
de los niños perdidos, que en las sendas
del bosque sorprendiera la borrasca!

La propia luna, al verme tan sombrío,
tendió brazos de luz á mi garganta,
y bajó hasta mi cuerpo como antorcha
que ilumina una cripta solitaria,
y me dijo al oído por qué llora
su trémulo fulgor, por qué embriaga
de amores imposibles á las vírgenes,
que sueñan, á su luz, en las ventanas!

Silencio... Soledad... Tristeza inmensa,
lágrimas de dolor... No se oye nada...
Y mi voz, repetida por los ecos,
cada vez me parece más lejana,

más débil y más triste, hasta perderse
en el silencio de la noche, ahogada,
cual si una mano dura y rencorosa
la fuese estrangulando en mi garganta!

FIN

INDICE

LA COFA DEL REY DE THULE (1898-1900)

	<u>Páginas</u>
PRÓLOGO.....	9
Ofrenda.....	25
Los crepúsculos de sangre.....	27
Medioeval.....	36
Flores de ensueño.....	43
Epitalamio.....	47
Paisaje de sombra.....	51
Los murciélagos.....	55
Neuróticas.....	63
La canción de la esperanza.....	69
Flores rojas.....	73
A Juan R. Jiménez.....	77
Sonetos:	
Paisaje interior.....	85

	<u>Páginas</u>
Los cruzados de Thule.....	87
Crepúsculo místico.....	89
Del mes de María.....	91
Nostalgia de brumas.....	93
Ensueño de opio.....	95
Rubén Darío.....	97
¡Resurrección!.....	99
Silencio.....	101
Página gris.....	103
¡Evohé!.....	105
Pentélica.....	107
Selamek Indrivink.....	109
El Tentador.....	111
Walpurgis.....	113
Parábolas.....	115
Spoliarium.....	123

LA MUSA ENFERMA (1898-1900)

Miserere.....	129
La hermana negra.....	135
Sonetos. — Fiebres:	
I.—¡Bárbara Musa de coturno trágico.....	139
II.—¡Qué sueño horrible de pavor! Recorre...	141
III.—Saltar tus ojos de terror querían.....	143
IV.—Mi corazón entero es una llama.....	145
V.—Esta ola de fuego que me envuelve.....	147
VI.—Llegó el negro fantasma arrebujaado.....	149
VII.—Tiene la senda combustión de hoguera...	151

	<u>Páginas</u>
VIII.—Muerte, en mis noches, dí, ¿por qué no exhalas.....	153
IX.—La oscura noche amortajó la Tierra....	155
X.—... Y me dijo el fantasma: —¿Por qué tarda.....	157
La ciudad maldita:	
I.—Vi una noche de angustia y de misterio..	159
II.—Pasaron junto á mí, en el delirio.....	161
III.—Y aquel ronco y terrible vocerío.....	163
Zarabanda trágica:	
I.—Tristes memorias de los tiempos idos....	165
II.—Unos vienen de lejos, de tan lejos.....	167
III.—Los hay lúgubres, trágicos y extraños...	169
IV.—Los hay pequeños: larvas de deseos.....	171
Noches de amor:	
I.—La sombra del jardín nos envolvía.....	173
II.—Se sumergió la angustia de mi cuello....	175
La danzarina.....	177
Soledad.....	181
Indice.....	185

AÇABÓSE
DE IMPRIMIR ESTE LIBRO
EN MADRID, EN EL ESTABLECIMIENTO
TIPOGRÁFICO DE M. GARCÍA Y G. SÁEZ
EL DÍA XXX DE JULIO
DE MCMXVI



Biblioteca de Andalucía

Sig.: 860-VIL-cop

Tít.: La copa del rey de Thule ;

Aut.: Villaespesa, Francisco

Cód.: 7541554 S.Sup.: DUP-C-485



